

ANTONY BEEVOR

LA SEGUNDA
GUERRA MUNDIAL

Traducción de
TEÓFILO DE LOZOYA
y JUAN RABASEDA

PASADO & PRESENTE

PASADO & PRESENTE
BARCELONA

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	9
1. EL ESTALLIDO DE LA GUERRA (junio-agosto de 1939)	23
2. «LA DESTRUCCIÓN TOTAL DE POLONIA» (septiembre-diciembre de 1939)	39
3. DE LA «EXTRAÑA GUERRA» A LA «BLITZKRIEG» (septiembre de 1939-marzo de 1940)	65
4. EL DRAGÓN Y EL SOL NACIENTE (1937-1940)	81
5. NORUEGA Y DINAMARCA (enero-mayo de 1940)	105
6. LA OFENSIVA EN EL OESTE (mayo de 1940)	117
7. LA CAÍDA DE FRANCIA (mayo-junio de 1940)	145
8. LA OPERACIÓN LEÓN MARINO Y LA BATALLA DE INGLATERRA (junio-noviembre de 1940)	177
9. REPERCUSIONES (junio de 1940-febrero de 1941)	203
10. LA GUERRA DE LOS BALCANES DE HITLER (marzo-mayo de 1941)	223
11. ÁFRICA Y EL ATLÁNTICO (febrero-junio de 1941)	249
12. BARBARROJA (abril-septiembre de 1941)	265
13. «RASSENKRIEG» (junio-septiembre de 1941)	293
14. LA «GRAN ALIANZA» (junio-diciembre de 1941)	311
15. LA BATALLA DE MOSCÚ (septiembre-diciembre de 1941) ..	327
16. PEARL HARBOR (septiembre de 1941-abril de 1942)	349
17. CHINA Y LAS FILIPINAS (noviembre de 1941-abril de 1942) ..	379
18. GUERRA EN TODO EL MUNDO (diciembre de 1941-enero de 1942)	391
19. LA CONFERENCIA DE WANNSEE Y EL ARCHIPIÉLAGO SS (julio de 1941-enero de 1943)	411
20. LA OCUPACIÓN JAPONESA Y LA BATALLA DE MIDWAY (febrero-junio de 1942)	423

21. DERROTA EN EL DESIERTO (marzo-septiembre de 1942)...	441
22. OPERACIÓN AZUL: SE RELANZA BARBARROJA (mayo-agosto de 1942).....	461
23. LA CONTRAOFENSIVA EN EL PACÍFICO (julio de 1942-enero de 1943).....	485
24. STALINGRADO (agosto-septiembre de 1942).....	501
25. EL ALAMEIN Y LA OPERACIÓN TORCH (octubre-noviembre de 1942).....	527
26. EL SUR DE RUSIA Y TÚNEZ (noviembre de 1942-febrero de 1943).....	545
27. CASABLANCA, KHARKOV Y TÚNEZ (diciembre de 1942-mayo de 1943).....	565
28. EUROPA TRAS LAS ALAMBRADAS (1942-1943).....	589
29. LA BATALLA DEL ATLÁNTICO Y LOS BOMBARDEOS ESTRATÉGICOS (1942-1943).....	615
30. EL PACÍFICO, CHINA Y BIRMANIA (marzo-diciembre de 1943).....	647
31. LA BATALLA DE KURSK (abril-agosto de 1943).....	661
32. DE SICILIA A ITALIA (mayo-septiembre de 1943).....	685
33. UCRANIA Y LA CONFERENCIA DE TEHERÁN (septiembre-diciembre de 1943).....	711
34. LA SHOAH POR MEDIO DEL GAS (1942-1944).....	725
35. ITALIA: EL VIENTRE DURO (octubre de 1943-marzo de 1944).....	741
36. LA OFENSIVA SOVIÉTICA DE PRIMAVERA (enero-abril de 1944).....	765
37. EL PACÍFICO, CHINA Y BIRMANIA (1944).....	773
38. PRIMAVERA DE ESPERANZAS (mayo-junio de 1944).....	795
39. BAGRATION Y NORMANDÍA (junio-agosto de 1944).....	821
40. BERLÍN, VARSOVIA Y PARÍS (julio-octubre de 1944).....	843
41. LA OFENSIVA ICHI-GŌ Y LEYTE (julio-octubre de 1944)...	865
42. ESPERANZAS DEFRAUDADAS (septiembre-diciembre de 1944).....	887
43. LAS ARDENAS Y ATENAS (noviembre de 1944-enero de 1945).....	917
44. DEL VÍSTULA AL ÓDER (enero-febrero de 1945).....	945
45. LAS FILIPINAS, IWO JIMA, OKINAWA Y LAS INCURSIONES CONTRA TOKIO (noviembre de 1944-junio de 1945).....	969
46. YALTA, DRESDE, KÖNIGSBERG (febrero-abril de 1945)...	993

47. LOS AMERICANOS EN EL ELBA (febrero-abril de 1945).	1013
48. LA OPERACIÓN BERLÍN (abril-mayo de 1945)	1031
49. CIUDADES DE LOS MUERTOS (mayo-agosto de 1945).	1061
50. LAS BOMBAS ATÓMICAS Y EL SOMETIMIENTO DE JAPÓN (mayo-septiembre de 1945)	1079
<i>Agradecimientos</i>	1099
<i>Notas</i>	1101
<i>Índice alfabético</i>	1143
<i>Ilustraciones y mapas.</i>	1189

PASADO & PRESENTE

INTRODUCCIÓN

En junio de 1944 un joven soldado asiático se rindió a un grupo de paracaidistas americanos durante la invasión aliada de Normandía. En un primer momento, sus captores pensaron que era un japonés, pero en realidad se trataba de un coreano. Se llamaba Yang Kyoungjong.

En 1938, a los dieciocho años, Yang Kyoungjong había sido reclutado a la fuerza por los japoneses para integrarse en su ejército de Kwantung en Manchuria. Un año más tarde, fue hecho prisionero por el Ejército Rojo en la batalla de Khalkhin-Gol y enviado a un campo de trabajos forzados. Las autoridades militares soviéticas, durante un período de crisis en 1942, lo obligaron, junto con otros varios miles de prisioneros, a integrarse en sus fuerzas. Posteriormente, a comienzos de 1943, fue hecho prisionero durante la batalla de Kharkov, en Ucrania, por las tropas nazis. En 1944, vistiendo uniforme alemán, fue enviado a Francia para servir en un *Ostbataillon* que supuestamente reforzaba el Muro Atlántico desde la península de Cotentin, en la zona del interior próxima a la Playa de Utah. Tras pasar una temporada en un campo de prisioneros en Gran Bretaña, se trasladó a los Estados Unidos, donde no diría nada de su pasado. Se estableció en este país y falleció en Illinois en 1992.

En una guerra que acabó con la vida de más de sesenta millones de personas y cuyo alcance fue mundial, Yang Kyoungjong, veterano a su pesar de los ejércitos japonés, soviético y alemán, fue, comparativamente, afortunado. No obstante, el relato de su vida tal vez siga ofreciéndonos el ejemplo más sorprendente de lo que fue la indefensión de la mayoría de la gente corriente ante las que serían unas fuerzas abrumadoras desde el punto de vista histórico.

Europa no estalló en guerra el 1 de septiembre de 1939. Algunos historiadores hablan de una «guerra de treinta años», de 1914 a 1945, en la

que «la catástrofe original» fue la Primera Guerra Mundial.¹ Otros sostienen que la «larga guerra», que empezó con el golpe de estado bolchevique de 1917, se prolongó como una especie de «guerra civil europea»² hasta 1945, e incluso algunos indican que esta no llegó a su fin hasta la caída del comunismo en 1989.

La historia, sin embargo, nunca es una sucesión de hechos inapelables y sistemáticos. Sir Michael Howard sostiene convincentemente que el ataque de Hitler a Francia y a Gran Bretaña por el oeste de Europa en 1940 fue, en muchos sentidos, una extensión de la Primera Guerra Mundial. Gerhard Weinberg hace también hincapié en que la guerra que empezó con la invasión de Polonia en 1939 fue el primer paso dado por Hitler para poder cumplir su primer objetivo, el *Lebensraum*, esto es, conseguir «espacio vital», en el este. Ni que decir tiene que está en lo cierto, pero las revoluciones y las guerras civiles que estallaron entre 1917 y 1939 introducen diversos factores que complican el panorama. Por ejemplo, la izquierda ha creído siempre firmemente que la Guerra Civil Española marcó el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, mientras que la derecha afirma que representó el primer enfrentamiento de una Tercera Guerra Mundial entre el comunismo y la «civilización occidental». Del mismo modo, los historiadores occidentales han solido pasar por alto la guerra chino-japonesa de 1937-1945 y la manera en la que esta quedó incluida en el marco de una guerra mundial. Por otro lado, diversos historiadores asiáticos sostienen que la Segunda Guerra Mundial comenzó en 1931 con la invasión de Manchuria por parte de los japoneses.³

Podemos dar vueltas y vueltas alrededor de todos estos argumentos, pero lo cierto es que la Segunda Guerra Mundial fue claramente una amalgama de conflictos. En su mayoría fueron conflictos entre naciones, pero la guerra civil internacional existente entre la izquierda y la derecha influyó en muchos de ellos e incluso fue su factor dominante. Por lo tanto, es sumamente importante que, desde la retrospectiva, observemos algunas de las circunstancias que desencadenaron el conflicto más cruel y destructivo que haya conocido la humanidad.

Fueron tan horribles las consecuencias de la Primera Guerra Mundial que, al finalizar el conflicto, Francia y Gran Bretaña, sus principales vencedoras en Europa, se encontraban completamente exhaustas y tenían la firme determinación de no repetir, costara lo que costara,

aquella terrible experiencia. Los estadounidenses, tras su contribución vital a la derrota de la Alemania imperial, querían desentenderse de lo que consideraban un Viejo Mundo corrupto y depravado. Europa central, fragmentada por las nuevas fronteras acordadas en Versalles, tenía que afrontar la humillación y la penuria de la derrota. Con su orgullo herido, los oficiales del ejército austrohúngaro *Kaiserlich und Königlich* vivieron una especie de cuento de la Cenicienta, pero sin final feliz: sus uniformes de cuento de hadas fueron sustituidos por ropas raídas propias de un desempleado. La amargura de tantos oficiales y soldados alemanes ante la derrota se intensificaba aún más al pensar que hasta julio de 1918 sus ejércitos no habían sido derrotados, lo que hacía parecer el repentino colapso de la nación totalmente inexplicable y siniestro. En su opinión, todos los amotinamientos y revueltas vividos en Alemania durante el otoño de 1918 que precipitaron la abdicación del káiser habían sido provocados por bolcheviques judíos exclusivamente. Los agitadores de la izquierda habían desempeñado ciertamente un papel en todo ello, y en 1918-1919 los líderes revolucionarios alemanes más destacados habían sido judíos, pero las causas principales del descontento habían sido el agotamiento causado por la guerra y el hambre. La perniciosa teoría de la conspiración impulsada por la derecha alemana —la «leyenda de la puñalada por la espalda»— formaba parte de su tendencia inherente e irracional a confundir causa y efecto.

La gran inflación de 1922-1923 vino a socavar la seguridad y la rectitud de la burguesía germánica. La amargura provocada por un sentimiento de vergüenza nacional y personal dio paso a una ira irracional. Los nacionalistas alemanes soñaban con que llegara el día en el que poder vengar la humillación del *Diktat* de Versalles. El nivel de vida fue mejorando en Alemania durante la segunda mitad de los años veinte, principalmente gracias a los cuantiosos préstamos realizados por los norteamericanos. Pero la depresión que azotó al mundo tras el hundimiento de la Bolsa de Wall Street en 1929 supuso para Alemania un golpe aún más duro cuando Gran Bretaña y otros países abandonaron el patrón oro en septiembre de 1931. El temor a una nueva etapa de enorme inflación impulsó al gobierno del canciller Brüning a seguir vinculando el valor del marco alemán al precio del oro, lo que provocó una sobrevaloración de esta moneda. Los Estados Unidos habían cerrado el grifo del crédito, y la política de proteccionismo cerró los mercados a las exportaciones alemanas. Todo ello dio lugar a un desem-

pleo masivo, lo cual no hizo más que favorecer espectacularmente las promesas demagógicas que apostaban por soluciones radicales.

La crisis del capitalismo había acelerado la crisis de la democracia liberal, que acabó perdiendo toda su efectividad en muchos países europeos debido a la fragmentación de la representación proporcional. Incapaz de solucionar los grandes desórdenes civiles, la mayoría de los sistemas parlamentarios, creados tras la caída de tres imperios continentales en 1918, se vio engullida por esta espiral. Y las minorías étnicas, que habían vivido relativamente en paz con los antiguos regímenes imperiales, comenzaron a verse amenazadas por doctrinas que hablaban de pureza nacional.

El recuerdo reciente de la Revolución Rusa y de la violenta destrucción provocada por otras guerras civiles en Hungría, Finlandia, el litoral báltico y, de hecho, la propia Alemania, favoreció enormemente el proceso de polarización política. Con aquel ciclo de miedo y hostilidad se corría el peligro de convertir la retórica incendiaria en una profecía autorrealizada, como no tardarían en demostrar los acontecimientos en España. Cualquier alternativa maniquea apuesta por romper un centrismo democrático basado en el compromiso. Y en esa nueva época colectivista, las soluciones violentas parecían sumamente heroicas a ojos de numerosos intelectuales, tanto de la izquierda como de la derecha, y de los resentidos veteranos de la Primera Guerra Mundial. Ante aquel desastre financiero, el corporativismo estatal se convirtió de repente en el orden moderno natural de buena parte de Europa y en una respuesta al caos provocado por las luchas de facciones.

En septiembre de 1930, el Partido Nacional Socialista pasó del 2,5 por ciento de los votos a obtener el 18,3 por ciento. La derecha conservadora de Alemania, con su poco respeto por la democracia, acabó destruyendo la República de Weimar, abriéndole a Hitler así las puertas de par en par. Subestimando peligrosamente la implacabilidad de Hitler, pensó poderlo utilizar como una marioneta populista para defender su idea de Alemania. Pero, a diferencia de la derecha alemana, el futuro dictador sabía perfectamente lo que quería. El 30 de enero de 1933, Hitler fue nombrado canciller e inmediatamente se puso manos a la obra para acabar con cualquier oposición potencial.

Para las futuras víctimas de Alemania, la tragedia fue que una parte importantísima de la población del país, harta de tanto desorden y tanta desconsideración, estaba dispuesta a seguir ciegamente al criminal más temerario que haya conocido el mundo. Hitler consiguió des-

pertar sus peores instintos: el resentimiento, la intolerancia, la arrogancia y el más peligroso de todos, el sentimiento de superioridad racial. Independientemente de la poca o mucha que quedara, la confianza en el *Rechtsstaat*, esto es, en el estado de derecho, se vino abajo ante la insistencia de Hitler en que el sistema judicial tenía que estar al servicio del nuevo orden.⁴ Las instituciones públicas —los tribunales, las universidades, el estado mayor y la prensa— se sometieron a los dictados del nuevo régimen. Los opositores se vieron irremediablemente aislados, y fueron acusados de traicionar el nuevo concepto de Patria, no solo por el propio régimen, sino también por todos aquellos que le daban su apoyo. Sorprendentemente, a diferencia del NKVD de Stalin, la efectividad de la Gestapo era escasa. Casi todas sus detenciones respondían simplemente a las denuncias de unos ciudadanos alemanes por otros.

El cuerpo de oficiales del ejército, que se había jactado siempre de su tradición apolítica, también se dejó seducir por la promesa de reforzar las fuerzas militares y de un rearmamento a gran escala, aunque sintiera un profundo desprecio por un pretendiente tan vulgar y desaliñado. El oportunismo se alió con la cobardía ante la amenaza de la nueva autoridad. En cierta ocasión, el mismísimo Otto von Bismarck declaró que la valentía moral era una virtud muy rara en Alemania, que cualquier alemán perdía inmediatamente en el instante que se vestía de uniforme.⁵ Como no es de extrañar, los nazis querían conseguir que prácticamente todo el mundo se pusiera un uniforme, empezando por los niños.

El mayor talento de Hitler consistía en saber descubrir y explotar las debilidades de sus adversarios. La izquierda alemana, marcadamente dividida entre el partido comunista y los socialdemócratas, no había supuesto ninguna amenaza real. Con gran facilidad, el dictador alemán superó tácticamente a los conservadores que, arrogantes e ingenuos, pensaban que podían controlarlo. En cuanto logró consolidar su poder con una serie de estrictos decretos y con encarcelamientos en masa, se centró en poner fin a las limitaciones que suponía el tratado firmado en Versalles. En 1935 volvió a entrar en vigor el servicio militar obligatorio, los británicos aceptaron que Alemania reforzara su poder naval y se constituyó oficialmente la Luftwaffe. Ni Gran Bretaña ni Francia protestaron con determinación ante aquel programa acelerado de rearmamento.

En marzo de 1936 tropas alemanas volvieron a ocupar Renania violando abiertamente, por primera vez, los tratados de Versalles y de

Locarno. Esta bofetada en toda regla a Francia, que había controlado la región durante los últimos diez años, provocó en Alemania que la figura del Führer comenzara a ser venerada por toda la población en general, incluso por muchos de aquellos que no lo habían votado en las pasadas elecciones. Su apoyo y la débil reacción anglo-francesa animaron a Hitler en su determinación. Con gran astucia, Hitler había restaurado el orgullo alemán, mientras su plan de rearmamento, mucho más que su tan cacareado programa de obras públicas, ponía freno al desempleo. Pero aquello tenía un precio, la brutalidad de los nazis y la pérdida de libertad, precio que, en opinión de la mayoría de los alemanes, merecía la pena pagar.

Paso a paso, con la defensa a ultranza de su política, Hitler fue seduciendo al pueblo alemán, que comenzó a perder los valores humanos. Donde este hecho se hizo más evidente fue en la persecución a la que se vio sometida la población judía, que se desarrolló a rachas. A diferencia de lo que generalmente se cree, solía estar más dirigida desde el seno del partido nazi que desde las altas esferas. Las apocalípticas arengas de Hitler contra los judíos no significaban necesariamente que ya hubiera decidido llegar a una «solución final» de aniquilación física. Simplemente deseaba que los «camisas pardas» de la SA pudieran agredir a los judíos, atacar sus tiendas y empresas y saquear sus posesiones para así satisfacer una mezcla incoherente de codicia, envidia y supuesto resentimiento. Llegado este punto, la política nazi tuvo como objetivo desposeer a los judíos de sus derechos civiles y de todas sus pertenencias, para luego, con la humillación y el acoso, obligarlos a abandonar Alemania. «Los judíos tienen que salir de Alemania, sí, tienen que salir de toda Europa», comentó a Goebbels el 30 de noviembre de 1937. «Esto costará un tiempo, pero debe conseguirse y se conseguirá».⁶

En su obra *Mein Kampf*, mezcla de autobiografía y manifiesto político publicada por primera vez en 1925, Hitler había dejado bastante claro su plan de convertir Alemania en la potencia hegemónica de Europa. En primer lugar, llevaría a cabo la unificación de Alemania y Austria y, a continuación, poblaría de alemanes los territorios que fuera recuperando al otro lado de las fronteras del Reich. «Los pueblos de una misma sangre deben compartir una patria común», escribió. Solo cuando esto se cumpla, el pueblo alemán tendrá la «justificación moral» de «tomar posesión de tierras extranjeras. El arado sucederá entonces a la espada; y de las lágrimas de la guerra brotará para las generaciones venideras el pan de cada día».⁷

Su política de agresión quedaba perfectamente de manifiesto en la primera página de *Mein Kampf*. Aunque todas las parejas de alemanes que contraían matrimonio debían adquirir un ejemplar de su libro, parece que pocas se tomaron en serio sus belicosas predicciones. Preferían creer sus últimas declaraciones, repetidas hasta la saciedad, en las que manifestaba no desear la guerra. Y los osados movimientos de Hitler ante la flaqueza británica y francesa venían a confirmarles sus esperanzas de que el Führer podría conseguir todo lo que quisiera sin que se desencadenara un grave conflicto. No veían que la sobrecalentada economía alemana y la firme determinación de Hitler de hacer uso de la ventaja armamentística del país hacían que la invasión de países vecinos se convirtiera en un hecho mucho más que probable.

Hitler no pretendía simplemente recuperar los territorios perdidos por Alemania con el Tratado de Versalles. Consideraba una infamia limitarse a dar solo un paso tan tímido como aquel. Hervía de impaciencia, convencido de que no viviría lo suficiente para hacer realidad su sueño de una supremacía alemana. Quería que toda Europa central y todos los territorios de Rusia hasta el Volga quedaran integrados en el *Lebensraum* alemán. Su sueño de subyugar regiones del este había sido alimentado por la breve ocupación alemana en 1918 de los estados bálticos, parte de Bielorrusia, Ucrania y el sur de Rusia hasta Rostov del Don. Esta expansión fue consecuencia del Tratado de Brest-Litovsk, un *Diktat* de Alemania al flamante régimen soviético. El «granero» de Ucrania tenía un interés especial para Alemania, sobre todo tras la hambruna vivida en este país durante la Primera Guerra Mundial a causa del bloqueo británico. Hitler estaba firmemente decidido a impedir que en Alemania volviera a reinar una desmoralización como la de 1918, que dio paso a la revolución y al hundimiento del país. Esta vez serían otros los que pasarían hambre. Pero uno de los principales objetivos de su proyecto del *Lebensraum* era apropiarse de la producción petrolífera del este de Europa. El Reich se veía obligado a importar, incluso en tiempos de paz, alrededor del 85 por ciento del petróleo que consumía, lo que se convertiría en el talón de Aquiles de Alemania durante la guerra.

Parecía que la posesión de colonias en el este era la mejor solución para que Alemania asegurara su autonomía, pero las ambiciones de Hitler iban mucho más allá que las de cualquier otro nacionalista. En línea con su pensamiento social darwinista de que la existencia de una nación dependía de la lucha por su hegemonía racial, Hitler pretendía

reducir drásticamente la población eslava utilizando deliberadamente unos medios salvajes: el hambre y la esclavización de los supervivientes, convirtiéndolos en siervos.

Su decisión de intervenir en la Guerra Civil Española en el verano de 1936 no fue una cuestión de oportunismo como se ha indicado en numerosas ocasiones. Hitler tenía la firme convicción de que una España bolchevique, junto con un gobierno de izquierdas en Francia, supondría una verdadera amenaza estratégica para Alemania por el oeste, sobre todo en un momento en el que debía enfrentarse a la Unión Soviética de Stalin por el este. Una vez más, supo aprovecharse del pavor de las democracias a una guerra. Los británicos temían que el conflicto español pudiera derivar en otra conflagración europea, y el nuevo gobierno francés del Frente Popular tenía miedo de actuar solo. Todo ello permitió que los nacionales de Franco se aseguraran la victoria final gracias al flagrante apoyo militar de los alemanes, y que la Luftwaffe de Hermann Göring pudiera poner a prueba sus flamantes aparatos y experimentar nuevas tácticas. La Guerra Civil Española también permitió un acercamiento de Hitler con Mussolini, cuyo gobierno fascista colaboró con el envío de un cuerpo de «voluntarios» italianos para luchar junto al ejército de los nacionales españoles. Pero a Mussolini, a pesar de todas sus bravatas y de sus pretensiones en el Mediterráneo, le preocupaba seriamente la determinación de Hitler en cambiar drásticamente el *statu quo*. El pueblo italiano no estaba preparado, ni desde el punto de vista militar ni desde el punto de vista psicológico, para una guerra europea.

En su afán por obtener un aliado más para la futura guerra con la Unión Soviética, Hitler estableció un pacto anti-Comintern con Japón en noviembre de 1936. El imperio nipón había comenzado su expansión colonial en Extremo Oriente en la última década del siglo XIX. Aprovechando la decadencia del régimen imperial chino, había entrado en Manchuria, invadido Taiwán y ocupado Corea. Tras derrotar a la Rusia zarista en la guerra de 1904-1905, se había convertido en la principal potencia militar de la región. A raíz del colapso de la Bolsa de Wall Street y de la subsiguiente depresión mundial, en Japón había crecido un sentimiento antioccidental. Y una clase dirigente cada vez más nacionalista veía Manchuria y China de una manera muy similar a cómo los nazis contemplaban la Unión Soviética en sus planes: una vasta re-

gión con una población a la que someter para cubrir las necesidades de las islas que constituían el estado nipón.

Durante mucho tiempo, el conflicto chino-japonés ha sido la pieza que faltaba en el rompecabezas de la Segunda Guerra Mundial. Por haberse iniciado mucho antes del estallido de la guerra en Europa, a menudo se ha tratado como un asunto totalmente distinto, pese a haber sido testigo del mayor despliegue de fuerzas terrestres japonesas en Extremo Oriente, así como de la intervención tanto de los Estados Unidos como de la Unión Soviética.

En septiembre de 1931, los militares japoneses idearon el llamado «incidente de Mukden», en el que dinamitaron un tramo de una línea férrea para justificar la anexión de Manchuria a su país. Debido a la precaria situación de su agricultura, querían convertir esta región en una importante zona de producción de alimentos con los que abastecer sus necesidades internas. La llamaron Manchukuo y establecieron en ella un régimen títere, con el emperador chino depuesto, Henry Pu Yi, como cabeza visible. El gobierno civil de Tokio, que no era del agrado de los militares, se vio obligado a apoyar al ejército. Y la Sociedad de Naciones, con sede en Ginebra, rechazó las peticiones chinas de sancionar a Japón. Grandes cantidades de colonos japoneses, en su mayoría procedentes del campo, comenzaron a llegar a la región para apropiarse de las tierras con la complicidad del gobierno, cuyo plan era conseguir que, en veinte años, se establecieran en la zona, en calidad de colonos, «un millón de familias» de campesinos nipones. Todos estos actos dejaron a Japón aislado desde el punto de vista diplomático, pero el país se sentía exultante por su triunfo. Esto marcó el inicio de una progresión fatídica del expansionismo japonés y de la influencia militar en el gobierno de Tokio.

Una nueva administración mucho más predatoria y el ejército de Kwantung en Manchuria extendieron su control prácticamente hasta las puertas de Pekín (Beijing). El gobierno del Kuomintang de Chiang Kai-shek, con sede en Nanjing, se vio obligado a ordenar la retirada de sus fuerzas. Chiang pretendía ser el heredero de Sun Yat-sen, que había querido introducir en China una democracia de estilo occidental, pero, en realidad, no era más que el generalísimo de unos señores de la guerra.

Los militares japoneses comenzaron a dirigir su mirada hacia el vecino soviético del norte y hacia las regiones del Pacífico del sur. Evidentemente, en esta zona sus objetivos eran las colonias de Gran Bre-

taña, Francia y Holanda en el sudeste asiático, con los yacimientos petrolíferos de las Indias Orientales Neerlandesas. De repente, en China, el 7 de julio de 1937, los japoneses dieron un paso adelante en aquella situación de calma tensa, llevando a cabo un acto de provocación en el puente de Marco Polo, a las afueras de Pekín. En Tokio, el ejército imperial garantizó al emperador Hiro Hito que China podía ser derrotada en pocos meses. Se enviaron refuerzos al continente, iniciándose una campaña marcada por el horror, impulsada en parte por la matanza de civiles japoneses llevada a cabo por los chinos. El ejército imperial reaccionó, dando rienda suelta a su furia. Pero la guerra chino-japonesa no terminó con una rápida victoria nipona como habían pronosticado los generales de Tokio. La sorprendente violencia de los agresores sirvió para estimular aún más la férrea resistencia de los agredidos. Cuatro años después, Hitler ignoraría este hecho durante su ataque a la Unión Soviética.

Algunos occidentales comenzaron a ver una gran analogía entre la guerra chino-japonesa y la Guerra Civil Española. Robert Capa, Ernest Hemingway, W. H. Auden, Christopher Isherwood, el realizador cinematográfico Joris Ivens y muchos periodistas visitaron China y expresaron sus simpatías por la causa de este país. Varios izquierdistas, algunos de los cuales se desplazaron hasta el cuartel general de los chinos comunistas en Yan'an, apoyaron a Mao Tse-tung, aunque Stalin respaldara a Chiang Kai-shek y el Kuomintang. Pero ni el gobierno norteamericano ni el británico estaban preparados para intervenir de manera eficaz.

El gobierno de Neville Chamberlain, al igual que la mayoría de la población británica, seguía estando dispuesto a convivir con una Alemania rearmada y revitalizada. Muchos conservadores consideraban a los nazis una especie de baluarte contra el bolchevismo. Chamberlain, un antiguo alcalde de Birmingham de rectitud trasnochada, cometió el gran error de pensar que los demás estadistas compartían valores similares a los suyos, así como el pavor a la guerra. Había sido un ministro muy capaz y un eficiente canciller del Exchequer, pero no sabía nada de política exterior ni de asuntos de defensa. Con su camisa de cuello de puntas, su bigote eduardiano y su eterno paraguas, demostró no saber estar a la altura de su cargo en el momento de afrontar la evidente implacabilidad del régimen nazi.

Otros, incluso muchos de los que expresaban sus simpatías por la izquierda, también fueron reacios a enfrentarse al régimen de Hitler, pues seguían estando plenamente convencidos de que Alemania había recibido un trato sumamente injusto en la conferencia de Versalles. Además, les resultaba difícil poner objeciones a las pretensiones de Hitler de anexionar al Reich, por cuestiones étnicas, regiones fronterizas con Alemania, como la de los Sudetes, en las que había población de origen germánico. Lo que más horrorizaba a británicos y franceses era la idea de que pudiera estallar otra guerra en Europa. Permitir que la Alemania nazi se anexionara Austria en marzo de 1938 no parecía un precio demasiado elevado para salvaguardar la paz mundial, sobre todo porque la mayoría de austríacos había votado en 1918 a favor del *Anschluss*, o unión con Alemania, y veinte años después celebraba el triunfo nazi. Las pretensiones austríacas al final de la guerra de que ellos habían sido las primeras víctimas de Hitler, eran completamente infundadas.

Más tarde, Hitler decidió que quería invadir Checoslovaquia en octubre.⁸ Con ello pretendía asegurar el bienestar de la población después de la recolección de las cosechas por parte de los agricultores alemanes, pues los ministros nazis temían que se produjera una crisis en el suministro de alimentos de la nación. Sin embargo, para exasperación de Hitler, Chamberlain y Daladier, durante las negociaciones de Munich en septiembre, le concedieron los Sudetes en la esperanza de mantener la paz. La actitud de estos dos dirigentes dejaba a Hitler sin su guerra, aunque al final le permitiera ocupar todo el país sin derramar una gota de sangre. Chamberlain también cometió un grave error al negarse a hablar con Stalin. Esta postura influyó en la decisión del dictador soviético en agosto de aceptar que se firmara el llamado Pacto Molotov-Ribbentrop. Como creería más tarde Franklin D. Roosevelt que podía hacer con Stalin, Chamberlain pensó, con absurda autosuficiencia, que él solo podía convencer a Hitler de que mantener buenas relaciones con los Aliados occidentales iba en interés del dictador alemán.

Algunos historiadores sostienen que, si Gran Bretaña y Francia hubieran estado dispuestas a entrar en guerra en el otoño de 1938, los acontecimientos se habrían desarrollado de manera muy distinta. Desde luego, es probable que hubiera sido así desde un punto de vista alemán. Pero lo cierto es que ni el pueblo británico ni el francés estaban preparados psicológicamente para comenzar una guerra, sobre todo

porque no habían sido informados correctamente de la situación por los políticos, los diplomáticos y la prensa. Cualquiera que hubiera intentado advertir de los peligros que implicaban los planes de Hitler, como hizo Winston Churchill, habría sido tachado simplemente de belicista.

No fue hasta noviembre cuando comenzaron a abrirse los ojos y a comprobar la verdadera naturaleza del régimen de Hitler. Tras el asesinato de un funcionario de la embajada alemana en París por un joven judío de origen polaco, los «camisas pardas» nazis se lanzaron a las calles, dando inicio al pogromo alemán que conocemos con el nombre de la noche de los cristales rotos, *Kristallnacht*, por los destrozos que sufrieron las ventanas y los aparadores de las tiendas. Aquel otoño, con la amenaza de la guerra cerniéndose sobre Checoslovaquia, una «violenta energía» comenzó a apoderarse del Partido Nazi. Los «camisas pardas» de la SA prendieron fuego a las sinagogas, agredieron y asesinaron a judíos y rompieron los escaparates y los aparadores de sus tiendas, lo que permitió que inmediatamente Göring lamentara el coste en divisas extranjeras que suponía recomponer aquel destrozo con vidrio importado de Bélgica.⁹

Muchos alemanes quedaron horrorizados ante esos hechos, pero, en poco tiempo, la política nazi de aislamiento de los judíos consiguió que la inmensa mayoría de la población se mostrara indiferente a la suerte que corrían sus conciudadanos. Y fue también una parte importante de la población la que no tardó en dejarse llevar por la tentación de apropiarse fácilmente de las posesiones y los bienes incautados a los judíos y por lo que representaba la «arianización» de sus negocios y empresas. La manera en la que los nazis fueron enredando cada vez a más ciudadanos alemanes en su trama criminal pone de relieve su extraordinaria astucia.

La ocupación del resto de Checoslovaquia en marzo de 1939 —una violación flagrante de la convención de Munich— vino a demostrar que la pretensión de Hitler de poner al amparo del Reich a las minorías étnicas alemanas no era más que un pretexto para anexionarse territorios. Ello obligó a Chamberlain a comprometerse con Polonia, como señal de advertencia a Hitler ante otros posibles proyectos de expansión del dictador.

Más tarde, el Führer se lamentaría de no haber conseguido entrar en guerra en 1938 debido a que «los británicos y los franceses aceptaron todas mis exigencias en Munich».¹⁰ En la primavera de 1939 contó

al ministro de asuntos exteriores rumano lo impaciente que estaba, utilizando los siguientes términos: «Ahora tengo cincuenta años», dijo. «Prefiero entrar en guerra ahora que cuando tenga cincuenta y cinco o sesenta». ¹¹ (En agosto expresó este mismo pensamiento al embajador británico. ¹²)

Así pues, Hitler reveló que pretendía cumplir su objetivo de dominación europea en el arco de una vida, la suya, que suponía que iba a ser corta. Su vanidad obsesiva le impedía confiar en otra persona para llevar a cabo la misión que se había impuesto. Se consideraba literalmente insustituible, e incluso dijo a sus generales que el destino del Reich dependía exclusivamente de él. El Partido Nazi y todo su caótico sistema de gobierno nunca fueron concebidos para ofrecer estabilidad o continuidad. Y la retórica hitleriana del «Reich milenario» ponía de manifiesto una significativa contradicción psicológica, viniendo, como venía, de un soltero impenitente que por un lado sentía la satisfacción perversa de poner fin a la reproducción de sus genes, y por otro ocultaba una fascinación insana por el suicidio.

El 30 de enero de 1939, con motivo del sexto aniversario de su ascensión al poder, Hitler pronunció un importante discurso ante los miembros del Reichstag. En él incluía una «profecía» fatídica, una profecía que él y los que lo siguieron en su «solución final» recordarían compulsivamente. Declaró que los judíos se habían mofado de su presagio de que iba a dirigir Alemania y de que también iba a «poner solución al problema judío». Luego dijo en tono vehemente: «Hoy voy a volver a ser profeta: si la comunidad financiera judía internacional, dentro y fuera de Europa, consigue conducir de nuevo a las naciones a una guerra mundial, el resultado no será la bolchevización del planeta y, por lo tanto, la victoria de los judíos, sino la aniquilación de la raza judía en Europa». ¹³ Esta vertiginosa confusión de causa y efecto yacía en lo más profundo de la obsesiva espiral de mentiras e imposturas con las que el propio Hitler se llevaba a engaño.

Aunque Hitler estuviera preparado para la guerra y deseara la guerra con Checoslovaquia, seguía sin entender por qué la actitud de los británicos había cambiado tan de repente, pasando del entreguismo a la resistencia. No había dejado de lado su idea de atacar a Francia y Gran Bretaña más tarde, pero en el momento que él decidiera. El plan nazi, tras la dura lección aprendida durante la Primera Guerra Mundial,

contemplaba abordar aisladamente cada uno de los conflictos para evitar combates en más de un frente a la vez.

La sorpresa de Hitler ante la reacción británica fue una muestra más de la falta de conocimientos históricos de este autodidacta tiránico. Desde el siglo XVIII, la intervención de Gran Bretaña en casi todas las crisis europeas había respondido a un modelo, modelo que explicaba perfectamente la nueva política del gobierno de Chamberlain. El cambio de actitud no tenía nada que ver con la ideología o el idealismo. Gran Bretaña no estaba preparándose para detener el fascismo o el antisemitismo, aunque este aspecto moral resultara útil más tarde para la propaganda nacional. Las razones de aquel cambio de postura había que buscarlas en su estrategia tradicional. La invasión hostil de Checoslovaquia por parte de Alemania ponía claramente de manifiesto la firme determinación de Hitler de dominar Europa. Esto suponía una amenaza en toda regla *al statu quo*, que ni siquiera una Gran Bretaña debilitada y contraria a la guerra podía permitir. Hitler también subestimó la ira de Chamberlain, que vio cómo había sido completamente engañado en Munich. Duff Cooper, que había presentado su dimisión como Primer Lord del Almirantazgo por la traición cometida por su gobierno con los checos, escribió que Chamberlain «nunca conoció en Birmingham a alguien que se pareciera en lo más mínimo a Adolf Hitler... Nadie en Birmingham había roto nunca la palabra dada al alcalde».¹⁴

Quedaba terriblemente claro cuáles eran las intenciones de Hitler. Y la sorpresa que supuso su pacto con Stalin en agosto de 1939 no vino sino a confirmar que Polonia era su siguiente víctima. «Las fronteras de los estados», había escrito en *Mein Kampf*, «las crean los hombres, y ellos mismos son los que las modifican». Visto en retrospectiva, tal vez parezca que el ciclo de resentimientos que comenzó tras la firma del Tratado de Versalles hizo inevitable el estallido de otra guerra mundial, pero lo cierto es que en la historia nada está predestinado. Como consecuencia de la Primera Guerra Mundial, buena parte de Europa quedó dividida por fronteras inestables, y convertida en escenario de innumerables tensiones. Pero no cabe la menor duda de que fue Adolf Hitler el principal arquitecto de aquella segunda, y mucho más terrible, conflagración, que se extendió por todo el mundo para llevarse millones de vidas, y al final incluso la suya propia. Y, sin embargo, en lo que resulta una intrigante paradoja, el primer enfrentamiento armado de la Segunda Guerra Mundial —aquel en el que Yang Kyoungjong fue hecho prisionero por primera vez— se desencadenó en Extremo Oriente.